

§. II.

CULTO EXTERNO.

411. La profesion exterior de la fé, la prohibicion de negarla en circunstancia ninguna, la oracion exterior, ya inmediata y directa como la que se dirige á Dios y á Jesucristo, ya indirecta ó mediata como la que se refiere á los santos; la verdad, justicia y nécesidad del juramento; la legitimidad del voto y obligacion de cumplirle; la oblacion, el sacrificio: he aquí sumariamente puestos los deberes que abraza el culto exterior privado. La concurrencia á los actos públicos de la religion; la santificacion de las fiestas, el respeto á los templos, las prácticas comunes en ciertos casos: he aquí los deberes principales del culto exterior del individuo en el órden público ó social.

412. Tampoco debemos adelantarnos mucho en el desarrollo de estas ideas: su extension en la línea de nuestros deberes; los casos particulares que dan á éstos en ciertas ocasiones un carácter escepcional; sus prácticas esterioreas, ya privadas, ya comunes, son objetos de la enseñanza y educacion prévias á los estudios del Derecho, y no deben ocupar muchas páginas de una obra reducida por su objeto á la exposicion de los principios mas universales que basa la ciencia del Derecho en el doble apoyo del criterio racional y la revelacion divina.

LIBRO CUARTO.

De la Iglesia en sus relaciones con el culto.

413. AL exponer el plan de este tratado, indicamos, que no habiendo quedado el culto divino sujeto á la discrecion y la prudencia del poder humano, entró en el plan de Jesucristo el criar en la tierra una institucion espiritual, á cuyo esclusivo cargo estuviese la triple custodia de los principios, de las máximas y de las reglas ó medios para realizar y mantener inalterables los designios á que se refiere el culto católico. Esta institucion es la Iglesia.

414. De la esencia y del fin de la Iglesia se deriva un triple cargo, que consiste, primero, en la conservacion y enseñanza de la doctrina; segundo, en la distribucion de la gracia por medio del sacrificio, los sacramentos y las prácticas solemnes del culto; tercero, en la disciplina general y particular, establecida y conservada para el gobierno de los fieles. En esta órbita de poder está contenido cuanto se refiere á la fé, á la esperanza y á la caridad, ó lo que es lo mismo, al culto en su mas extensa latitud. Siendo pues el culto el punto de vista bajo que aquí consideramos la cuestion de la Iglesia relativamente á nuestros deberes religiosos, debemos recordar, que la Iglesia tiene una mision divina para definir, enseñar y mantener inalterablemente los dogmas de la fé y las reglas de las costumbres; que en cuanto define y enseña sobre estos dos puntos, obra conforme á la mision de Jesucristo y es ilustrada y regida por el Espiritu Santo; que ella y solo ella en el mundo puede fijar y explicar los dogmas infaliblemente é imponer á las costumbres reglas divinamente sancionadas. Hai, pues, deberes que nos incumben con relacion á la Iglesia, considerada como depositaria de los dogmas, doctora de la fé y maestra de

las costumbres; y estos deberes se refieren á la fé y á la esperanza. En segundo lugar debemos considerar que no hai salvacion fuera de Jesucristo, ni union con Jesucristo fuera de la Iglesia; que la Iglesia es depositaria de la sangre y méritos de Jesucristo, para distribuirlos entre los fieles, santificar sus obras y regenerarlos en la gracia. Estos poderes son ejercidos por la Iglesia en los preceptos religiosos que nos impone y en los Sacramentos que nos administra. Tenemos, pues, obligaciones para con la Iglesia en orden á sus preceptos particulares y á la administracion de los Sacramentos, y estos deberes corresponden á la caridad.

415. Esta sencilla exposicion basta para comprender los deberes particulares y generales que nos incumben relativamente á la Iglesia, depositaria, conservadora y defensora del culto divino en toda la extension de su objeto.

CONCLUSION

DE LA PRIMERA PARTE DEL DERECHO DIVINO.

416. Despues de haber tratado, así en los preliminares de esta obra como en esta primera parte del Derecho divino, muchos y diversos puntos de los que abraza en general el vasto estudio de la religion, nada mas conveniente á nuestro propósito, que concluir dirigiendo una ojeada rapidísima sobre el plan de la religion en todo el sistema de las relaciones filosóficas que comprende.

417. Este breve resúmen puede servir al mismo tiempo de un complemento indispensable al estudio del hombre, tal como le desarrolla la filosofia católica, á las pruebas sobre la posibilidad de la revelacion, los caracteres verdaderos y divinos de las Santas Escrituras, y las señales inequívocas que caracterizan y distinguen á la verdadera Iglesia.

418. El cuadro de la doctrina y la accion del ministerio

se hacen aquí mas sensibles, así como tambien pueden reconocerse mejor todos los deberes que nos incumben para con la Santa Iglesia, relativamente al culto católico.

419. Este bosquejo estaba ya formado, y no haremos por tanto sino transcribirlo, sin una notable variacion, del segundo tomo, disertacion tercera, parte tercera de nuestro *Curso de Jurisprudencia universal*.

DE LA RELIGION Y SU PLAN.

420. El objeto del cristianismo fué sin duda traer al mundo la felicidad, que era imposible existiera sin él. La carne habia corrompido los caminos, segun la expresion de la Escritura, pensamiento fecundo que en tres palabras encierra cuanto podian discurrir los filósofos, é infinitamente mas de lo que podian alcanzar sobre la situacion del género humano y todos sus males progresivos desde el pecado de Adan hasta el tiempo de la redencion. Este solo pensamiento nos presenta tres ideas que consideramos como la clave de toda esta materia: primera, el hombre giraba por una esfera mui diferente de aquella que habia de conducirle á la verdadera y sólida felicidad: segunda, no contaba de por sí ni con la luz ni con la fuerza necesaria para entrar en este único sendero: tercera, solo un poder sobrenatural era capaz de obrar en el mundo esta universal regeneracion. He aquí el poder del cristianismo: produce exclusivamente por sí en toda la tierra un cambio que no podia verificarse por ningun principio humano, y en la ejecucion de esta obra estupenda fué contrariando ordenada y sucesivamente las causas todas que habian sumergido al mundo en la oscuridad de la ignorancia, en la confusion de los errores, en el abismo de los crímenes; y que sujetándolo exclusivamente al dominio tiránico de los sentidos y de la carne, le habia quitado á un mismo tiempo su luz, su apoyo y sus esperanzas.

421. El cristianismo viene, como decíamos, á contrariarlo todo, y es claro que contrariando las causas debían ser opuestos los efectos. La primera causa y que puede llamarse general, era el carácter peculiarísimo de la sociedad universal. Todo el sistema de los deberes, en ella, se resentía naturalmente de los principios de las legislaciones, de las máximas de la conducta; y como así en unos como en otros obraban casi privativamente los objetos materiales y sensibles, los intereses del tiempo, las afecciones seductoras del mundo y las terribles tendencias de la carne y de la sangre; era del todo preciso dar un carácter opuesto al nuevo reino que venia á establecerse en la tierra: carácter que marcó Jesucristo con una precision divina, diciendo á Poncio Pilatos: *Mi reino no es de este mundo*. Verdad es que ha de establecerse en el mundo, que ha de ser visible, que ha de someter á los hombres aun durante su vida; pero nada de lo que veo yo en el mundo de hoy, tendrá parte en los principios constitutivos de mi gobierno: en el gobierno de este mundo todo parte de la carne y de la sangre, todo termina en los sentidos y en las pasiones; en mi reino todo parte de Dios, todo se dirige al espíritu y todo conduce á la inmortalidad. En el reino de este mundo el tiempo es quien mide los designios y las aspiraciones universales, y la muerte quien circunscribe los gozes y la felicidad; mas el imperio del tiempo no toca á los umbrales de mi reino, y la muerte perdió su aguijon para las almas fieles que vivan en mi nombre. En el reino del tiempo, los bienes de la vida lo hacen todo; en mi reino estos bienes no importan nada, porque el objeto de los deseos se pierde en el seno de la eternidad. Está dicho todo: al reinado de la carne y de la sangre sucede el reinado del espíritu y de los cielos; y de este modo queda contrariado en su causa mas general, el principio de todos los errores y de todos los infortunios de la especie humana.

422. Hemos dicho que el hombre no solo se encontra-

ba fuera de los caminos, sino al mismo tiempo en la mas perfecta imposibilidad de volverse á colocar en ellos. ¿Por qué así? Por dos causas principales: primera, porque siendo semejante extravió una consecuencia neta del pecado, debia permanecer mientras este durase, pues que el efecto no cesa sino con la extincion de la causa que le produce; y por lo mismo, no teniendo el hombre por sí recurso ninguno en lo humano para borrar sus crímenes á los ojos de Dios, estaba esencialmente condenado á permanecer por todos los siglos errante y extraviado de los caminos que conducen á la felicidad: segunda, porque aun independientemente de los obstáculos que debia encontrar por la circunstancia referida, no contaba con otros recursos que los de la naturaleza humana; y estos recursos eran impotentes en el órden especulativo y en el sistema de la práctica: porque ya se sabe que en el órden moral, la razon sin la fe nada comprende, y la voluntad sin la gracia jamas puede subyugar todas las inclinaciones irresistibles de la naturaleza humana: el entendimiento renueva sin cesar los sistemas, y la voluntad no consigue sino cambiar de pasiones. Sentados estos principios, no debe sorprendernos ya la condicion miserabilísima de la especie humana, cuando todavía no se habia presentado en el mundo Jesucristo, ni el espectáculo maravilloso que las doctrinas y las costumbres iban presentando á medida que se multiplicaban los adoradores de la Cruz.

423. El cristianismo vino, pues, á vencer estos dos imposibles, ofreciendo á Dios una victima digna que borrara los pecados del mundo; y ofreciendo al mundo un nuevo principio intelectual y moral, que diese nueva existencia á la razon y comunicase al albedrío una especie de omnipotencia contra el furor deshecho de las pasiones.

424. El Verbo divino se digna vestirse de la naturaleza humana; y desde el momento mismo de su Encarnacion cambió de carácter el estado del mundo, pues pudieron de-

cir los hombres, que habia acabado su oprobio y tocado al último término su estremada miseria. El solo hecho de la Encarnacion divinizó esta naturaleza humana en la persona de Jesucristo: era evidente que cualquiera obra expiatoria que Jesucristo practicase, bastaba para satisfacer á la justicia divina, y reintegrar á todas las generaciones en la posesion de todas las cosas que se habian perdido por el pecado. No hai perdon sin penitencia, ni penitencia sin expiacion, ni expiacion admisible sin una igualdad proporcional á la ofensa que se hace. Estas consideraciones que pueden explicarse perfectamente sin otro auxilio que los recursos filosóficos, nos preparan á comprender en todas sus partes las verdaderas causas de la Encarnacion del Verbo, disponen al alma para el advenimiento de la fe; y ya desde entonces la razon y la fe perfectamente unidas, disipan todas las tinieblas, y en vez de columbrar alguna cosa indigna de la Magestad de Dios en los padecimientos de Jesucristo, miran su pasion y su muerte como una cosa divina, y el misterio de la Encarnacion en todas sus partes como el principio exclusivo de la regeneracion del mundo, el fundamento único de nuestras esperanzas, la causa primera de las virtudes y el titulo exclusivo de nuestra felicidad. Primer efecto de la Encarnacion, borrar el pecado y habilitar al hombre para entrar en el camino de la felicidad.

425. Pero en las obras de Dios nada es incompleto; y por tanto, por la Encarnacion del Verbo Divino, no solo se reconcilia Dios con el hombre, sino que este recibe á su turno una comunicacion divina, que por razon de sus efectos parece cambiar de naturaleza. Jesucristo era Dios y hombre; y por esta doble circunstancia hacia resplandecer la divinidad constantemente en todas y cada una de sus acciones. Los sentidos de todas las personas que le veian hablar y obrar, le hacian reconocer como hombre; pero la razon de todos los siglos, al examinar las palabras y las acciones de Jesucristo, no ha necesitado de otra cosa que de

su mismo Evangelio y de su vida, para concluir evidentemente, que el que así hablaba y así obraba no era solo hombre, sino tambien Dios. Por parte de su entendimiento, deja traslucir el entendimiento divino en la naturaleza de sus dogmas; por parte de su voluntad, hizo reconocer la voluntad divina en el heroismo de sus virtudes, en la pureza intachable de su conducta; porque, como hemos dicho y la experiencia lo demuestra, ni el entendimiento es capaz de tan sublimes alcances ni el corazon es árbitro de tan heroicas victorias. Contrayendo estas ideas al exámen del hombre regenerado por el cristianismo, vemos desde luego, que sin una comunicacion divina de luz y de fuerza no podria ni reunir los conocimientos que hoy atesora ni hacer admirar las virtudes que hoy practica. La prueba es clara: cuarenta siglos de razon no pudieron alcanzar la milésima parte de los conocimientos sobrenaturales que hoy enriquecen aun á la parte comun de los cristianos; y toda la antigüedad, que tanto se jactaba de cultivar las virtudes, no consiguió mas que reglamentar el orgullo. Si pues la causa de esto es como se ha dicho, que ántes de Jesucristo no contaban los hombres sino con las luces naturales y los esfuerzos comunes, el cristianismo vino á contrariar estas dos causas, divinizando en cierto modo la naturaleza: pues tal nos parece la del hombre cuyo entendimiento está ilustrado por la fe, y cuya voluntad está sostenida por la gracia.

426. De todo lo dicho resulta, que el plan del cristianismo está montado sobre las bases de la fe, de la esperanza y de la caridad. El hombre antiguo no podia volver á los caminos que habia corrompido la carne, por falta de luz: el cristianismo le da esta luz por medio de la fe; y la fe le descubre su verdadero origen, su verdadero destino, y le señala por tanto la línea que debe recorrer para llegar por último á la posesion de la felicidad; ¿pero qué habria conseguido el hombre con solo la fe? Al brillar en su razon esta antorcha divina, debió convencerle plenamente de que

no era mas que un hijo desheredado y sin humano recurso para reconquistar su herencia: de este modo el nacimiento de la fe habria sido precisamente el sepulcro de la esperanza. ¿Pero qué sucedió? La religion no abandona un instante al hombre, pues en el momento mismo en que le descubre la felicidad, se la promete infaliblemente: la Encarnacion del Verbo Divino todo lo repara, todo lo asegura: y este dogma consolador y sublime engendra la esperanza en el corazon del creyente, y adelanta maravillosamente la grande obra de la felicidad. Mucho se adelanta con la esperanza; pero Dios ha querido poner condiciones á la felicidad que ella promete. Con la pasion de Jesucristo el hombre amerita sus acciones, pero no se exonera de practicar las virtudes. La grande obra de su ventura se consuma, pues, en la caridad, que no es sino el cumplimiento de la lei. Mas esta lei, sin cuyo cumplimiento toda esperanza seria vana y presuntuosa, es una lei perfectísima, en cuyas aras debe hacerse el holocausto de todas las pasiones; es una lei de sacrificio continuo, y la primera víctima que se le inmola es nuestro propio corazon. El hombre debe cumplirla; pero el hombre siempre es hombre, siempre abraza un corazon terreno, siempre le seducen las vanidades del mundo, siempre le aprisionan los encantos de los sentidos, siempre le asaltan las tendencias de la carne; y no puede dar un solo paso sin hallarse en abierta lucha consigo mismo, sin tener que combatir á diestra y á siniestra contra todas las pasiones. En una situacion semejante, el hombre pereceria sin remedio, víctima de tantos peligros y de tantos combates, si la religion le abandonase un solo instante á sí mismo; pero sucede muy de otra suerte, y á la esperanza cristiana se unen los medios eficaces para cumplir la lei, y la posesion de la caridad viene á ser la última piedra que corona el grandioso edificio de la renovacion evangélica. La caridad es un sentimiento recíproco, una verdadera alianza entre Dios y el hombre, alianza que se

estrecha con el vínculo de la Encarnacion del Verbo. Siendo un sentimiento recíproco, consiste de parte del hombre en el cumplimiento de la lei, y consiste de parte de Dios en la proteccion continua de sus criaturas. El hombre, negándose á sí mismo, inmola su propia naturaleza en las aras del Evangelio, y Dios corona esta inmolation por la comunicacion perenne de un ser divino que nos da la voluntad y el poder de vencer todas las pasiones y practicar todas las virtudes. Este ser, que es la gracia, corre junto con la sangre de Jesucristo y sigue al hombre y á la sociedad en todas sus situaciones, en todos sus estados y en todas sus vicisitudes. Nace apenas el hombre, y la gracia le sale al encuentro en la fuente pura que le regenera; he aquí la gracia comunicada por el bautismo: da sus primeros pasos en el curso de la vida, y la mano venerable del Pontífice imprime sobre su frente un nuevo carácter de santificacion que aumenta la riqueza del bautismo, y añade, por explicarnos así, luz á luz y fuerza á fuerza. Despierta la razon y brillan por desgracia los funestos destellos de la ciencia del mal, la funesta escena del paraiso se renueva en las primeras acciones deliberadas del hombre; y peca, y pierde para sí todos los tesoros adquiridos en el bautismo y la confirmacion; mas no muere la esperanza en el naufragio de la inocencia. La gracia todo lo tiene previsto y preparado; y la sangre que salvó al mundo, subsiste eternamente para salvar en particular á cada uno, cuando al sentimiento de su pecado une los primeros impulsos del arrepentimiento. Jesucristo subió al cielo, pero no se llevó consigo las llaves de su reino, por explicarnos así; pues dejó á sus apóstoles, y en ellos á sus ministros, el mas pleno y omnímodo poder para perdonar los pecados: he aquí el sacramento de la penitencia. A este sacramento sigue el de la Eucaristía. Por él el hombre recibe realmente á su Redentor, su cuerpo, su alma, su divinidad; y con esta adquisicion, que puede renovar todos los dias de su vida, se hace

dueño de todas las esperanzas de la tierra y de todos los tesoros del cielo. Llega un tiempo en que el hombre sale del seno de la familia para formar una nueva en la sociedad, ó para segregarse de ella como una porcion escogida exclusivamente para el santuario; y en estos momentos la gracia viene á ilustrar, rectificar y fijar la vocacion, y á consagrarla para el cielo. El matrimonio ya no es exclusivamente un contrato, es un sacramento de la nueva lei, una alianza que Dios estrecha, un nuevo plantel de virtudes, una nueva fuente de felicidad: el órden sacerdotal inscribe al hombre entre los ministros del santuario, y le reviste de una nueva fuerza para santificarse á sí mismo, y de un poder celestial para salvar á los hombres. Finalmente, la gracia no abandona al hombre ni en los últimos instantes de su vida. Cuando ya le ve luchando con la muerte, vierte sobre sus miembros el oleo sagrado, y para servirnos de la expresion de Bossuet, hace correr sobre el hombre la sangre de Jesucristo: con este precioso licor, saná la alma, y remite los pecados, limpia las tristes reliquias de la culpa y tambien puede producir la sanidad del cuerpo. He aquí el sacramento de la Extrema-uncion.

427. Tales son las bases de este plan maravilloso, único; que hace admirar en el todo y en sus partes la religion de Jesucristo: tales son los elementos de vida que hicieron resucitar al antiguo mundo, sentado, como dice el Profeta, á las sombras de la muerte; que hicieron volver la esperanza que habia volado con la inocencia, y que engrandecieron el poder con la caridad, á fin de que el hombre caminando de virtud en virtud, como se explica el Salmista, pudiese incorporarse por último dentro de los muros de aquella ciudad santa, donde reina para siempre el Rei de los reyes.

428. Antes de pasar adelante, hagamos una sencilla reflexion. En todos los pueblos, sea cual fuere su sistema religioso y político, es de todo punto imposible que la sociedad subsista sin principios, sin probabilidades de adquirir

algun bien, sin relaciones íntimas entre los individuos que la componen. De aquí tres necesidades sociales: primera, las doctrinas; segunda, las esperanzas; tercera, las conexiones: las doctrinas no pueden propagarse entre la multitud por el convencimiento, sino por el ascendiente de la autoridad. Admitir una doctrina por autoridad, es creer mas bien que persuadirse. He aquí una especie de fe, aunque puramente humana. Someterse á un régimen establecido con el designio de alcanzar un bien que se mira como posible, ya consista este en un goce positivo, ya en la simple privacion de una pena, es esperar: he aquí, pues, una especie de esperanza, aunque puramente humana: obrar de concierto con los vínculos naturales ó las conexiones que se forman en la sociedad, es obrar por benevolencia y por amor: he aquí un bosquejo de caridad aunque puramente humana. Estas tres virtudes, fe, esperanza y caridad, están figuradas, pues, por la misma naturaleza entre los elementos sociales; de donde resulta que se hallan ligadas de tal suerte con el sistema de la felicidad, que el bienestar político y civil de las naciones ha debido y debe estar siempre en razon directa de aquellas; en términos, que cuando se encuentren ellas en su mas alta perfeccion, tocarán los pueblos en el zenit de su grandeza; y al contrario, á medida que ella se disminuya, se desnaturalice y se acabe, irá siempre á menos, ó cambiará de carácter, ó acabará totalmente el bienestar de los pueblos. La fe del gentilismo era meramente humana; y como toda ella venia de los filósofos, era tan versátil como la filosofia, incapaz de órden, de permanencia y de perpetuidad; porque desprovista la razon de todo título que le asegurase su infalibilidad, corrió siempre la suerte de las opiniones, y nunca ganó cosa notable ni en el número ni en la duracion de sus conquistas. El género humano no podia por lo mismo regenerarse en este punto, sino dando á la creencia universal una irrecusable garantía: el Evangelio dió á los hombres esta garantía, publi-

cándose á nombre Dios. Todo ha correspondido á la idea: la fe cristiana tiene ya diez y nueve siglos de vivir entre nosotros, y en su esencia no ha cambiado un solo punto. El gentilismo, á pesar de su Mitología, casi todo lo esperaba de los hombres y lo temía de los hombres; y esta circunstancia produjo dos males: primero, que la esperanza no tuvo nunca un carácter fijo, porque los bienes y los males debieron sufrir la lei de las pasiones de aquellos que gobernaban al mundo: segundo, que la esperanza, limitada como estaba á lo puramente exterior, no podia ejercer el menor influjo en los principios secretos de la conducta. ¿Qué debía resultar de aquí? que á la virtud sincera reemplazó el bien parecer; y que el arte de ser feliz quedó separado de hecho de la justicia natural, y exclusivamente sujeto á la destreza de la hipocresía y al cálculo de las conveniencias. Era pues consiguiente, que desnaturalizada esta virtud se alterase el sistema de las acciones, y que en vez del orden y la paz, estuviesen fluctuando los pueblos entre el desorden y la guerra, entre la tiranía de los gobiernos y el desenfreno de las masas.

429. No teniendo mas apoyo la benevolencia mútua que las simpatías naturales ó los intereses del momento, las relaciones debieron ser mui precarias; y desprovisto el hombre de un principio eficaz que arreglase sus inclinaciones naturales, que destruyese sus antipatías caprichosas y le determinase al sacrificio de los intereses del momento, se exageraron por supuesto todos los sentimientos, se multiplicaron contra justicia ciertas conexiones, se destruian con frecuencia relaciones importantes; y por un resultado infalible de este sistema, el gentilismo se abandonó por una parte á todos los desórdenes de la voluptuosidad, y se entregó por otro lado á las inspiraciones del odio. La caridad cristiana todo lo transforma: inscribe la virginidad al frente de los estados perfectos, lleva la pureza hasta la region del pensamiento, hace de la continencia una virtud, y

lleva el punto de la castidad hasta el lecho de los esposos; hace de todos los hombres una sola familia, inscribe el odio y la venganza en el catálogo de los crímenes: quisiera borrar de su idioma hasta la palabra enemigo; pero en defecto de esto, concede á quien ha hecho el mal, un derecho sobre el corazon de la persona ofendida, y exige de esta, que ame y favorezca á su enemigo.

430. Resulta de lo expuesto, que la fe, la esperanza y la caridad cristianas tienen un carácter de plenitud; y que la religion cristiana presenta un plan cuyo primer carácter es la universalidad, cuyo segundo carácter es la suficiencia absoluta, y cuyo tercer carácter es una incontrastable perpetuidad. Mas para reunir este triple carácter, necesitaba la fe una autoridad irrecusable, la esperanza unos datos infalibles y la caridad unos medios seguros. Veamos ahora el concurso de todos estos requisitos en el plan sublime de la religion. Exige ella sin duda el omnímodo vasallaje de la razon humana; pero no lo exige sin garantía. Antes de decir, *cree*, le presenta una serie de argumentos incontestables que la conducen desde las primeras nociones de la existencia hasta el convencimiento pleno de que Dios ha revelado los dogmas que propone y prescrito las leyes á que sujeta la conducta. Este mismo convencimiento afirma al hombre en su fe, y una vez afirmado en ella, reconoce que son infalibles los datos que fundan su esperanza. Entra en la carrera de las virtudes, experimenta en sí mismo la existencia de la gracia que se le comunica, y ciertos placeres de un orden elevado que acompañan siempre á los grandes sacrificios de la virtud. Llegando á este punto nada tiene de difícil para él la legislacion evangélica, y las mismas experiencias que en sí practica le hacen confesar con gloria, que ha inclinado su cerviz bajo un yugo mui suave, y puesto sobre sus hombros una carga ligera. He aquí la caridad practicada; y he aquí el plan de la religion en cuanto á los medios indispensables para es-